NOTAS SOBRE LA LENGUA DE JOAQUÍN BELDA

La obra de Joaquín Belda no conoce en nuestros días el éxito que alcanzó mientras vivió su autor. Belda es hoy un autor olvidado, pese a la actual reedición de dos de sus obras en una colección que tiene el apropiado título de «libros retozones»[1] y a la película basada en una de sus novelas[2]. No se trata de un caso anómalo en la historia de la literatura española. Fácilmente podríamos ofrecer una lista abundante de escritores célebres en vida, que después han pasado al olvido por distintas razones. Belda fue muy popular en su tiempo, como recuerda E. de Nora[3], y su obra le produjo indudables beneficios económicos[4]. Para los críticos actuales, Belda no es más que un escritor de segunda o tercera fila, encasillado como autor festivo, «pero de una comicidad tan grosera y pornográfica, que generalmente es esto último —la pornografía— lo que se sustantiviza en sus libros»[5]. Tampoco Belda se revela en este aspecto como una personalidad aislada, puesto que la literatura erótica conoció un cierto auge en la España del primer tercio del siglo XX, y su nombre es uno más de entre los cultivadores de esa faceta literaria[6].

Sin embargo, y sin entrar en los discutibles gustos de Belda ni en el desarrollo de sus temas, este escritor no deja de tener interés desde un punto de vista lingüístico. Con este fin he realizado unas calas en su obra para aportar algunos datos que nos permitan conocer mejor cómo era la lengua del primer tercio del siglo XX, época en la que confluyen escritores tan espléndidos como los que se incluyen en la llamada generación del 98, el novecentismo y los poetas del 27, por destacar sólo los más llamativos, pero no los únicos.

Un conocimiento apropiado de cualquier período concreto de nuestra historia no puede basarse sólo en los escritores de primera fila. La lengua no les pertenece en

---

1 J. Belda: *La Coquito* y *La suegra de Tarquino*, Pamplona, I. Peralta Ediciones, Libros retozones, ambas reeditadas en 1978.

2 Se trata de *La Coquito*, con idéntico título al de la novela.

3 E. de Nora: *La novela español contemporánea (1898-1927)*, 2.ª edic,. Madrid, Gredos, 1973, p. 387.

4 F. García Lara: «El lugar de la novela erótica: Felipe Trigo», recogido en J.C. Mainer: *Modernismo y 98,* Barcelona, Crítica, 1979, p. 218, vol, 6.° de la obra dirigida por F. Rico: *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona, Crítica.

5 E. de Nora: *ob. cit.*, p. 421. Opinión absolutamente contraria a la de R. Cansinos Assens, quien, con un tono grandilocuente en exceso, escribe: «Joaquín Belda, este formidable humorista, ha escrito con *La Suegra de Tarquino* y con *La Coquito*, el *Don Quijote* exterminador de esos otros libros de caballerías eróticos» (*La nueva literatura, II. Las escuelas (1898-1900-1918)*, 2.ª edic., Madrid, Editorial Paez, 1925, p. 213). Y hace pocos años (1976), el escritor Juan Goytisolo rompía una lanza en favor de Belda al escribir a propósito de su lenguaje: «A continuación Belda se entrega a una elíptica descripción del *cunnilingus* atestada de imágenes, figuras y símiles de todas clases, con un alarde de riqueza imaginativa y poética que no encontramos en ninguno de los escritores españoles de su tiempo, con excepción, claro está, de Valle Inclán» (J. Goytisolo: «La metáfora erótica: Góngora, Joaquín Belda y Lezama Lima», *Disidencias*, 1.ª edic., reimpr., Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 280).

6 Permítase esta expresión sin ánimo de discutir un tema tan borroso en sus fronteras como el de la literatura y la llamada subliteratura.

exclusiva a ellos; por eso, siempre es interesante poder acopiar y recoger datos de otras múltiples fuentes. De ahí la atracción que pueda tener un autor como Belda[7].

En la obra de Belda se da una mezcla de elementos de procedencia dispar: cultismos, latinismos, vulgarismos, frases hechas, galicismos, etc. En cierto sentido la mezcla de voces de origen tan diferente y de estratos sociales tan distintos recuerda a ese tipo de habla que M. Seco ha señalado como característico de Madrid a propósito de Arniches: «Esta mezcla de lo culto y lo popular no es invención de Arniches: es característica del habla popular madrileña —y en general de todo lenguaje popular urbano—, y de ella dan copioso testimonio escritores como López Silva y Antonio Casero»[8]. El profesor R. Senabre examina esta dualidad desde otra perspectiva: la del público, sin entrar en caracterizaciones específicas del habla de Madrid. A propósito de la lengua de Arniches, en quien reconoce un hábil creador, escribe: «En realidad, muchos de los calcos vulgares de Arniches no son en el fondo más que falsas imitaciones cuyo posible efecto cómico sólo puede llegar a un público cultivado»[9]. La complejidad y la sutileza en el manejo de los resortes lingüísticos dan fe no sólo de un gran escritor, sino de un autor que se dirige al público culto que puede entenderle, y ese no es el populachero de Lavapiés: «El argumento de éstas [historias] va dirigido al pueblo; su lenguaje, en cambio, no»[10]. Si bien el estudio de Senabre se centra en Arniches, podemos extender esta interpretación al caso que nos interesa aquí, por más que las obras de Belda y de Arniches sean distintas y que el poder creador en éste sea muy superior al de aquél. Sin ese guiño al lector culto no se explican algunos aspectos de la lengua a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en géneros dirigidos inicialmente al pueblo llano.

No cabe duda que esta manera de escribir conoció cierto auge a juzgar por los testimonios de la época referidos a otros escritores: «...y que la literatura chulesca no muera, no se agote [al faltar López Silva]»[11] escribe J. García Cobacho, quien también tiene un recuerdo para el «maestro de maestros en el género (...) D. José López Silva»[12]. Claro es que el género de literatura de Silva no es el cultivado por Belda, pero podemos observar un mismo empleo de ciertos recursos lingüísticos.

Belda es deudor de su tiempo y, en ocasiones, recoge alguna palabra y apostilla la novedad que su uso supone. Así ocurre, por ejemplo, con *feble*: «¿Quién ha dicho que la raza española es débil, apocada, feble, como ahora se dice?» (*Coquito*, 197). No se trata de una voz nueva, puesto que ya era conocida en la lengua española; lo que interesa ver aquí es que «está de moda». Otras veces nos muestra formas efímeras que después no han tenido continuación, como puede ser un *timoteo*: «Pues y el indispensable *flirt* a distancia, o *timoteo*, como dicen en Lavapiés» (*Sal-*

---

7 De entre toda su producción he escogido cinco novelas, a las que remitiré por la clave señalada entre paréntesis, seguida de la página: *Aquellos polvos...*, Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1916, (*Polvos*); *La Coquito*, edición citada (*Coquito*); *La diosa razón*, 3.ª edic., Madrid, Biblioteca Hispania, s.f. (*Diosa*); *La suegra de Tarquino*, edición citada (*Tarquino*) y *¡Saldo de almas!*, 4.ª edic., Madrid, Biblioteca Hispania, 1922 (*Saldo*).

8 M. Seco: *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1970, pp. 21-22.

9 R. Senabre: «Creación y deformación en la lengua de Arniches», *Segismundo*, II, 2, 1966, p. 251.

10 R. Senabre: «art. cit.», p. 277.

11 J. García Cobacho: *Del Madrid chulesco. Poesías festivas*, 2.ª edic., Madrid, Imprenta de Julio Casano, 1929, p. 13.

12 J. García Cobacho: *ob. cit.*, pp. 11-12. Sobre la lengua de López Silva vid.: J.M. González Calvo: «Acercamiento al lenguaje de López Silva», tirada aparte de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVI, 1979, pp. 1-9.

do, 72)[13]. Es normal y explicable, conocidos los temas tratados por Belda, que aparezcan términos relacionados con el amor o sus secuelas, caso de los *galindos*, a los que se alude en varias ocasiones hasta que nos explica claramente quiénes son dichos sujetos: «Los *galindos*, como ellas [las enfermas de sífilis] llamaban, para abreviar, a los galicosos de la sección voluntaria» (*Polvos*, 278). Las mujeres de la vida llevan el nombre de *piculinas* (*Diosa*, 11 y *Polvos*, 113)[14]. Los avances técnicos se advierten también, incluso en formas sorprendentemente modernas, en el término *cine*, apocopado ya en el siguiente texto: «... que tocaban el violín en un *cine* de Pontevedra» (*Conquito*, 85)[15]. Lo mismo encontramos en la voz *auto*, forma que alterna con *HP*: «Ya es axiomático que ninguna chica que se estime puede presentarse en un paseo como no sea tripulando un magnífico HP. de cualquier marca; y he aquí el problema de los que no tenemos auto» (*Saldo*, 72). Del mundo de la fotografía tenemos no la cámara o máquina todavía, sino «el kodak de un reporter gráfico» (*Polvos*, 83). El campo de las bebidas nos ofrece licores no siempre fáciles de identificar, como un *cabañas*: «Al fondo de la estancia, sentado tranquilamente junto a la chimenea, Casa-Plasencia apuraba un cabañas con toda la fruición de su alma de artista» (*Saldo*, 93-94). ¿Es posible que se trate de una marca de una bebida que hoy ya no existe? En otros casos encontramos algún apoyo que sirve de identificación, así sucede con el *kumel*: «... entre dos vueltas de vals o una ronda de kumel en el buffet» (*Saldo*, 124)[16]. Menos aristocrático que este licor es el *quince*, ya documentado por M. Seco[17] 'vaso pequeño de vino'. Lo curioso es que se acompañe ese *quince* con «setz» [*sic*] tanto en la *diosa* (130) como en la *Coquito* (5)[18]. Y el establecimiento donde se puede beber es el *tupi*[19].

En otras ocasiones, el contexto permite al lector actual aproximarse más o menos al significado, pero con evidentes dificultades. No cabe duda de que el *vals boston* (*Tarquino*, 147) es una variante del vals, tal vez conocida por los musicólogos, pero perdida en la actualidad. El *velustrín* (*Coquito*, 17) se refiere al atuendo femenino, es una determinada prenda que hoy ya no se usa. Las *colasas* (*Saldo*, 94) probablemente son 'colillas' de cigarro puro. La expresión «¡Qué berbajo!» (*Saldo*, 200) resulta más difícil de determinar. Tal vez se pueda relacionar con *befar* la forma «befarda noticia» (*Tarquino*, 21) con el valor de 'envilecida' o 'escarnecida'.

---

13 Por otra parte, *flirt* es la forma inglesa, sin adaptación fonética española. El *DRAE* recoge, en su 19ª edic., las formas *flirtear* y *flirteo*, castellanizadas. W. Beinhauer señala que su introducción ha sido reciente: *El español coloquial*, 2.ª edic., Madrid, Gredos, 1968, p. 222. También encontramos *flirteo* y *flirtear* en el artículo de R. Pastor y Medina: «Vocabulario de madrileñismos (Primera serie)», *Revue Hispanique*, XVIII, 1908, pp. 51-72. En este mismo artículo se recoge un término relacionado en lo fónico y por su significado con el *timoteo*, *timarse*, del que R. Pastor comenta «sostener un diálogo tácito con los ojos, principalmente entre novios».

14 Recogido por J. Martín: *Diccionario de expresiones malsonantes del español*, Madrid, Istmo, 1974, s.v.: *piculina*. J. Martín apostilla que es «usado particularmente por mujeres». En los dos casos recogidos en Belda, es el narrador quien emplea el término.

15 Formas no apocopadas: *cinefilia*, *cinéfilos*, *cinefobia* están documentadas en Pérez de Ayala. Vid. J.M. González Calvo: *La prosa de Ramón Pérez de Ayala*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1979, p. 30. R. Pastor y Medina: «art. cit.» también recoge la forma apocopada *cine*.

16 Probablemente es la misma bebida que recoge M.ª Moliner en su *Diccionario de Uso del Español* bajo la forma *kummel*. «Cúmel: bebida alcohólica usada en Alemania y Rusia, muy dulce, hecha con comino».

17 M. Seco: *ob. cit.*, s.v.: *quince*.

18 Sin duda se trata de Agua de Seltz. Es difícil justificar la grafía de Belda, a no ser que se deba a descuido o errata.

19M. Seco: *ob. cit.*, s.v.: *tupi* recoge dos acepciones: 'establecimiento modesto de café' y 'local'. No cabe duda de que en Belda el *tupi* no sirve sólo para tomar café, sino también para bebidas alcohólicas: «Y la [calle] del Mesón de Paredes con sus veintiséis *tupis*, que son otros tantos altarillos de Baco» (*Coquito*, 5).

Por el contrario, es difícil saber a qué se refiere Belda con el *garrouste* en «el día del cobro de alquileres, contrataba un garrouste para llevarse a casa el dinero» (*Diosa*, 78). Por entonces la guardia llevaba un arma contundente, ya desusada hoy, el *roten* un bastón hecho del tallo de la rota según se lee en el *DRAE*, 19ª edición. Por último, los *igorrotes* (Tarquino, 83) pueden tener, en sentido figurado, el significado de 'animales' o 'salvajes' porque esa es la denominación de una raza aborigen de Filipinas[20].

Como se observa, no todo el léxico de Belda —sin examinar su obra completa— resulta comprensible para el lector actual. En esta breve muestra, nuestro escritor emplea tanto términos de otras lenguas (*kodak, kumel*) como otros de una localización social y geográfica muy concreta (*timoteo*) o de una vida muy circunscrita (*galindos*). Veamos a continuación, de una manera sistemática, los cultismos, latinismos, vulgarismos, etc. que nos van a mostrar la riqueza de vocabulario de Belda.

Cultismos: Con mucha frecuencia Belda emplea palabras no frecuentes con el fin de atraer la atención del lector, aun a riesgo de que éste pase por alto el significado, acuda al diccionario o sea culto. Sólo así se explica el uso de *avariosis* en lugar de 'sífilis'[21]: «... en el vértice divino del amor y de la avariosis» (*Polvos*, 49) que al lector normal le puede evocar sensaciones completamente distintas de la enfermedad venérea. El color del mantel puede ser *albo* (*Saldo*, 37) y las cucharillas en lugar de ser de plata son *argénteas* (*Saldo*, 21). El mediodía es calificado de *caliginoso* (*Tarquino*, 107). Incluso uno de los personajes de *Aquellos polvos* tiene por mote la *Hidrófila* (*Polvos, passim*), recogido por Belda como un «poético cognomen» (*Polvos*, 22)[22]. Si las formas cultas llegan a los apodos, no es raro hallar términos inesperados en el trato amoroso, calificado como *deliquio* (*Saldo*, 51), o que el pecho de una doncella sea *eflorescente* (*Tarquino*, 44), o que los amantes se acompasen con una *euritmia* (*Tarquino*, 89) en un *lazo perínclito* (*Tarquino*, 56) y corra un *frémito* (*Saldo*, 166) por la sala del teatro y que los devaneos sean *inverecundos* (*Tarquino*, 59).

En ocasiones un cultismo puede dar lugar al chiste fácil: «¡Qué estro, qué imaginación, qué fantasía! Pero sobre todo, ¡qué estro! —Qué estropeada está la mujer» (*Tarquino*, 110). En este diálogo, uno de los personajes ensalza el ingenio de cierto autor teatral y le responde el interlocutor con esa salida hacia la mujer del autor para poner en solfa, al mismo tiempo, el *estro* tan celebrado del marido y la ruina de la mujer. Otras veces el cultismo sirve de base de comparación, no siempre afortunada: «la vida, sin un poco de eutrapelia, sería un automóvil sin gasolina» (*Coquito*, 130); no hay razón que justifique el nexo de la *eutrapelia* con el *automóvil*.

Puede ocurrir también que Belda cree formas como *fascinio* (*Tarquino*, 67), de indudable apariencia culta, cuya base es 'fascinación' y de la cual, por regresión, se

20 Ver *DRAE*, 19.ª edición.

21 También en Pérez de Ayala, vid. J. M. González Calvo: *La prosa de...*, p. 152.

22 Bajo la apariencia culta de *Hidrófila* hay un guiño al lector para situar a esta mujer justamente en su oficio, y no en otro posible. El apodo se debe a que la joven bebía sólo agua y un griego que repara en ese dato le aplica un mote exacto por su etimología. Se entiende que el ambiente de la Hidrófila no es muy culto, por lo que se pierde en seguida su significado originario: «... pero los que vinieron después, espíritus densos como el del cobrador del tranvía, asociaron el nombre a la industria algodonera [por lo de «algodón hidrófilo»] y creyeron de buena fe que la joven se llamaba así por su trato frecuente con el algodón, que siempre lleva asociadas ideas yodofórmicas» (*Polvos*, pp. 21-22). Así, el término culto pasa a ser un eufemismo de las enfermedades propias de tal oficio.

obtiene ese término. A veces recurre a palabras castellanizadas del latín, pero que no han llegado a entrar en nuestro idioma, caso de *gladios* 'espadas' (*Tarquino*, 253). Por último, y es un aspecto constante en el escritor, al lado de un cultismo puede aparecer una expresión vulgar que atrae más la atención del lector por ese mismo contraste: «Vayamos, pues, con la corriente y engolfémonos a cuatro manos en el piélago insondable de la psicología» (*Saldo*, 9).

Latinismos: Las fronteras entre latinismos y cultimos no siempre son nítidas. En el apartado anterior está incluido el término *gladios* y en la misma obra en la que aparece esa forma, Belda también emplea *gladiums* (*Tarquino*, 202) y *tablinums* (*Tarquino*, 214), cuyo desajuste con el latín y con el español es evidente. En estos casos he optado por incluir esta palabra —y otras— dentro de los latinismos, aunque, a decir verdad, más bien tendría que crear una subdivisión denominada pseudolatinismos.

Veamos primero los latinismos indudables que Belda encaja en su prosa. Algunos de ellos son conocidos y pertenecen al español; otros, por el contrario, no han tenido esa fortuna.

Tanto el *DRAE*, 19ª edición, como el *Diccionario* de M.ª Moliner recogen forma *a látere*, y en este último se dice a propósito de *adlátere* que es un barbarismo tal y como está escrito. Sin embargo, así existe en Belda: «También me ha dicho que le han nombrado de *adlátere* a Capurcio» (*Tarquino*, 189)[23]. Las esclavas son *ancilla* (*Tarquino*, 26) y *ancillas* (*Tarquino*, 99) con oposición singular/plural propia del español, sin atender a la forma del caso en latín. El trascurso de las horas se mide conforme a la referencia del mediodía: «la hora tercia *ante meridiem*» (*Tarquino*, 11). Se explica que en una novela como *La suegra de Tarquino*, ambientada en el mundo romano, el saludo sea *ave, cives* (*Tarquino*, 156) y el calzado se convierta en *caliga* (*Tarquino*, 252), pero no es esa la única obra en la que encontramos latinismos. Belda ha usado y abusado de ellos, aunque, por razones obvias, haya más en esa novela. Así, en *La Coquito* encaja toda una frase latina de la sátira: «El *castigat ridendo mores* no estaba ausente del todo en el espectáculo con que nos íbamos a deleitar» (*Coquito*, 139). En lugar del campamento aparece la forma *castra* (*Tarquino*, 202). Del mundo cristiano procede el *coram vobis* que Belda pasa a la categoría de sustantivo: «para lucir su *coram vobis* a la noche en la brillante fiesta» (*Saldo*, 124). Las casas son *domus* (*Tarquino*, 141) que tiene *impluvium* (*Tarquino*, 11 y *Coquito*, 228). El lugar de 'tez' existe la *facies* (*Tarquino*, 64). Otros sintagmas son más conocidos: *in fraganti* (*Diosa*, 166), *in mente* (*Saldo*, 146), *inter nos* (*Tarquino*, 179), *ipso facto* (*Saldo*, 183), *mater familias* (*Tarquino*, 58), *concilium pirnceps* (*Tarquino*, 58), *panem et circenses* (*Coquito*, 131), empleados sin ninguna deformación. Otros menos conocidos son fácilmente interpretables para el lector medio por el contexto; así sucede con el «*nequaquam* de papá» (*Tarquino*, 86) o el *nulla est redemptio* (*Saldo*, 100). Pero el escritor puede optar por glosarlos, no por ininteligibles, sino por ese gusto ya manifiesto que consiste en oponer dos aspectos muy distantes, en este caso al latinismo frente al vulgarismo: «dos *vomitorium* (escupideras, que decimos hoy)» (*Tarquino*, 108), donde se apoya en la semejanza fónica del latín con el español para reunir los dos significantes en un mismo significado, falso en latín.

El latinismo puede servir de apoyo para resaltar algo pretendidamente gracioso, desviado de su originario valor: «El *menú* fue selecto y aristocrático: unos callos a la Pompadour con salsa *salus populi*» (*Tarquino*, 155). La expresión aquí es un puro disparate.

23 Y así también en Pérez de Ayala, vid. J.M. González Calvo: *La prosa de* ..., p. 75.

Más interés tienen las creaciones de falsos latinismos, algunas de dudoso gusto como veremos. Si antes hemos recogido la forma de *ancilla* y *ancillas* no resulta extraño que aparezca, con indudable finalidad jocosa, la *ancilla fregatrix* (*Tarquino*, 112); y, con una estética bastante chabacana, Roma se puede convertir en el «*focum godentis* de que hablaba Horario» (*Tarquino,* 10). Más gracia tiene la traducción que el propio autor ofrece de una pretendida indicación de tráfico: «*Ite sinistra*, que traducido a nuestro idioma, quiere decir: *Llevad la izquierda*» (*Tarquino*, 142). Otras expresiones no tienen una creación tan clara como éstas; se trata de una transformación y adecuación al español. Así sucede con la *lacticlavia* (*Tarquino*, 52) que el mismo Belda explica como 'la toga de los magistrados', pero que en latín es *lacticlavium*. Es difícil en este caso precisar si se trata de un latinismo o de cultismo. En lugar de *quid pro quo* Belda escribe *quid pro quod* (*Polvos*, 137) y «dos o tres *quid pro quods*» (*Polvos*, 202).

Vulgarimos: Ya hemos visto la tendencia de Belda hacia lo chocarrero y vulgar, por lo que no voy a insistir mucho en este apartado. Cualquier detalle le sirve para poner de relieve esta faceta. Por ejemplo, la interpretación tan conocida de las siglas latinas S.P.Q.R. (senatus populusque romanus) se traduce por «si pagáis, quedaréis requetebién» (*Tarquino*, 238). El vulgarismo puede ser léxico, como en el caso de la interjección ¡*Velay*! (*Saldo*, 7)[24], cuyo uso es extremadamente vulgar; la alusión a las *menegildas* (*Saldo*, 68) marca también un empleo familiar sin duda[25]. La deformación de un término puede darle un tono vulgar, como en el siguiente texto: «... los dos esclavos, para refrescar sus frentes, se arrancaron *al unis* las pelucas» (*Tarquino*, 230), donde *unis* es la forma apocopada de *unísono*, con una apariencia fónica más acorde con *paralís*, o por analogía con *extranjis, bajinis,* etc. De tipo léxico son las siguientes voces: *se fumaba* (Saldo, 58) con el significado de 'no asistir a clase', *gachó* (Tarquino, 50) cuyo empleo es vulgar aunque de procedencia caló, y *lampando* (Polvos, 38) con el valor de 'deseando'. Otros vulgarismos que no hace falta destacar son *tratao* (*Coquito*, 33), *ties* (*Coquito*, 38), *quies* (*Coquito*, 38), *semos o no semos* (*Tarquino*, 249), *señá* (*Tarquino*, 249), *charraná* (*Tarquino*, 249), ampliamente difundidos en el dominio del español[26].

Expresiones fijas: Con cierta frecuencia encontramos en la obra de Belda expresiones fijas[27] del tipo: «hacen a pluma y a pelo» (*Diosa, 354),* «se me fue el santo al cielo» (*Diosa*, 120), «le contestó que no se metiese en camisa de once varas» (*Tarquino*, 180), «el quiero y no puedo» (*Diosa*, 105), «los volvía tarumba» (*Tar-*

24 No recogido en el *DRAE*, 19ª edic., sí aparece en el *Diccionario* de M.ª Moliner. Sobre esta forma comenta N. Alonso Cortés, después de decirnos que se trata de un «provincialismo vallisoletano»: «si hoy ha caído mucho en uso, hubo un tiempo —cuando el que esto escribe era un muchacho— en que el *velay* se empleaba a cada triquitraque» («¡Velay!», *Miscelánea vallisoletana*, 2.° tomo, Valladolid, Miñón, 1955, p. 796).

25 En el *DRAE*, 19ª edic., «F. fem. En Madrid y otras regiones, criada de servicio». Es una aféresis de Hermenegilda.

26 A propósito de las formas en *-ao*, el profesor A. Zamora Vicente escribe: «Pronunciaciones como *llegao, dao, apartao*, etc. pertenecen ya a la lengua corriente, pero el habla madrileña extrema la tendencia y lleva la pérdida a los casos *-ada* (*gofetá,* «bofetada»; *machacá* «machacada») y, en algunas ocasiones, a las terminaciones en *-ido* (*atarecío, aburrío*), concidiendo así con el andaluz» (...) «No es exclusivo del madrileño decir *tiés* o *pués* («tienes» o «puedes»), o *miá este*, «mira este», etc.», en «Una mirada al hablar madrileño», *Lengua, literatura, intimidad*, Madrid, Taurus, 1966, p. 65. Y unas páginas más adelante Zamora alude a la pugna entre *señá,* término empleado por Belda y *doña*: «El tratamiento *señá*, «señora», lucha curiosamente, en los últimos años, con la generalización de doña» (p. 68).

27 La denominación «expresiones fijas» la he tomado de A. Zuluaga: «La fijación fraseológica», *BICC,* XXX, 2, 1975, pp. 225-248. Vid. también del mismo autor: *Introducción al estudio de las expresiones fijas,* Frankfurt, Verlag, 1980.

quino, 101). Pero no son estas las más importantes, sino aquellas que el autor deforma con intención cómica[28]. La deformación es posible siempre que la nueva creación no rompa totalmente los nexos con la forma originaria. En este sentido, la fijación de la expresión responde a unas características, pero, a la vez, es posible la determinación de una serie de variantes dentro de una gradación[29].

El procedimiento más habitual en la deformación consiste en cambiar uno de los elementos de la frase: «Él no tiene donde caerse difunto» (*Tarquino*, 195) por «caerse muerto»; «Fernando Colmenares había entrado con buena pata» (*Saldo*, 39) por «buen pie»; «el Ganimedes de tanta» (*Tarquino*, 111) por «de turno»; «se le pone larga la dentadura» (*Saldo*, 27) por «los dientes»; «le salían bien por chamba» (*Coquito*, 165) por «suerte»; «vengo de donde me sale de la psiquis» (*Saldo*, 176), con una intención pseudoennoblecedora, que evita el uso de una palabra barriobajera del español, pero, a la vez, atrae más la atención por su mismo contraste.

En todos estos casos se modifica siempre un sustantivo. Veamos ahora el cambio de un verbo por otro, donde, sin duda, la frase fija cobra una mayor expresividad que en los ejemplos anteriores: «habían de descoser a puñaladas el cuerpo» (*Tarquino*, 45), en lugar de «coser a puñaladas». El verbo «descoser», mucho menos frecuente que «coser», resalta con fuerza la frase. En un salón unas cuantas chicas no agraciadas «comen pavo» (*Saldo*, 130) en lugar de «pelar la pava»; aquí Belda ha modificado el verbo y el género del sustantivo, con lo que ha llegado a construir una nueva locución perfectamente comprensible para el lector. También sobre la misma forma se pueden obtener otros resultados: «Despluman tranquilamente la pava» (*Tarquino*, 201), frase en la que se incluye además un elemento ajeno a la base originaria, «tranquilamente».

Otra posibilidad de modificar las expresiones fijas consiste en introducir términos nuevos sin modificar los preexistentes: «el jesuita le colocaba monótonamente su disco» (*Diosa*, 282-283), donde es normal «colocar el disco a alguien», pero no lo es tanto indicar de qué modo se efectúa esa operación de cháchara. Se puede «hacer el panfli» (o el tonto o el idiota), pero Belda matiza: «hacer un poco el panfli» (*Coquito*, 98).

El escritor puede optar por modificar toda la parte final de una expresión fija y sorprender al lector, con quien juega, ya que dada la primera parte de un modismo el lector conoce de antemano lo que sigue. Al romper ese esquema, la frase adquiere un sentido distinto y el lector queda sorprendido. La finalidad suele ser casi siempre jocosa: «Ojos que no ven... oculista que lo cobra» (*Coquito*, 151) por «corazón que no siente»[30].

Por último, el autor puede alargar una expresión sin modificar ni introducir otros elementos en el interior de la frase originaria: «No se para en barras ni en cucharillas» (*Saldo*, 136). El modismo es «pararse en barras», pero como se trata de un ladrón se explica que en su afán por lo ajeno no se detenga ante nada; de ahí que las barras se concatenen con las cucharillas.

Galicismos: La importancia de palabras y frases hechas procedentes de otras lenguas es excepcional en la otra de Joaquín Belda. En el corpus analizado ocupan, en cantidad, la primera posición los galicismos de un modo muy destacado.

---

28 la deformación de esta clase de frases es importante en la obra de Arniches, como lo destaca en su «art. cit.» R. Senabre pp. 275-276.

29 Para las características y grados de fijación remito al «art. cit.» de A. Zuluaga.

30 Cfr. con la frase vulgar de hoy: «ojos que no ven, semáforo que te saltas».

Existen dos tipos de galicismos: los que incluye Belda sin adecuar a la estructura fónica del español y, mucho más interesante, aquellos —los menos— que se adaptan a nuestra lengua. En general, el novelista emplea unos y otros correctamente.

Galicismos sin adaptar: *apliqués* (*Saldo*, 181), *bagarre* (*Tarquino*, 252), *bibelots* (*Polvos*, 219), novela *boulevardier*[31] (*Saldo*, 141), *brasseries* (*Tarquino*, 172), *causerie* (*Saldo*, 36)[32], *cocotte* (*Saldo*, 144), *coiffeur* (*Saldo*, 125), en un *coin* de la plazoleta (*Saldo*, 239), *comptoir* (*Saldo*, 165), *chaise-longue* (*Coquito*, 18)[33], «era la gota de acíbar disuelta en el *chantilly* del deseo» (*Coquito*,42), expresión acertada, pero degradada a continuación: «esta imagen del chantilly se emplea mucho en los pueblos de la serranía de Ronda», *chauffeur* (*Coquito*, 42)[34], *débâcle* (*Tarquino*, 145)[35], *deshabillé* (*Saldo*, 111), *diseuses* (*Coquito*, 29), *divette* (*Saldo*, 248), «eran puritanos *enragés*» (*Tarquino*, 192), «la habían emprendido *ensemble*» (*Tarquino*, *219), «el entourage* del ombligo» (*Coquito*, 139), «el puño de un *en-tout-cas*» (*Coquito*, 294), nuestro *faubourg* (*Saldo*, 49), la *fineusse* (*Tarquino*, 82)[36], *frivolités* (*Diosa*, 333), el *frou-frou* (*Tarquino*, 196), *fumoir* (*Saldo*, 136), *galop* (*Saldo*, 14), *garçonnière* (*Saldo*, 56)[37], el *impasse* (*Saldo*, 170), un *magasin* (*Saldo*, 239), un *matinée* (*Coquito*, 93)[38], *ménage* (*Tarquino*, 109), «la nueva condesa de Nestosa (*née* Josefina Fuenclares)» (*Saldo*, 19), *pardessus* (*Tarquino*, 203), *pendentif* (*Coquito*, 54), *petits* triclinios (*Tarquino*, 186), *pierrot* (*Diosa*, 198), *pourparlers* (*Saldo*, *77), el quartier* (*Tarquino*, 164), *reprisse* (*Coquito*, 244)[39], *resturant* (*Saldo* 58), *souplesse* (*Tarquino*, 92), el *soutener* (*Tarquino*, 83)[40], *sprit* (*Coquito*, 134)[41], *¡Tableau!* (*Polvos*, 210)[42], *tenue* (*Tarquino*, 234), *toilette* (*Saldo*, 127), *tournées* (*Saldo*, 53), *trottoir* (*Saldo*, 192), *troupe* (*Tarquino*, 133), *vaudevilles* (*Tarquino*, 122). Belda no suele glosar los galicismos, salvo el ya mencionado de *chantilly*, y los encaja perfectamente en el texto, aunque por razones de espacio no recojo las citas completas.

En menor cantidad aparecen frases hechas procedentes de la lengua francesa: «Se celebraba aquella noche un divertido *bal masqué* (*Tarquino*, 237), «dos o tres *diner blanc* en casa» (*Saldo*, 49)[43], *Je m'en fiche* (*Tarquino*, 191), *malgré lui* (*Tarquino*, 226)[44],*ménages à trois* (*Saldo*, 51), *mise en scène* (*Tarquino*, 130)[45], *pur sang* (*Tarquino*, 199), *sans façon* (*Saldo*, 209) su *savoir faire* (*Tarquino*, 163), *souper froid* (*Saldo*, 229) y *tout compris* (*Saldo*, 171).

---

31 Con falta de concordancia de género en el adjetivo francés.

32 En otro lugar aparece *causserie* (*Tarquino*, 109) con dos eses. Otras palabras también tienen doble grafía, falsa una de ellas. Puede deberse a erratas de las ediciones.

33 Escrito *chaisse-longue* (*Saldo*, 108).

34 Escrito *chaufeur* (*Polvos*, 64).

35 Escrito *débacle* (*Saldo*, 162).

36 En francés no existe *fineusse*, sino *finesse*. Probablemente es una errata.

37 Escrito *garçonniere* (*Tarquino*, 200) sin acento. En el «art. cit.» de R. Pastor y Medina se explica así la voz *picadero*: «La garçonnière de los franceses» (s.v.: *picadero*).

38 En francés esta prenda tiene género femenino.

39 En francés se escribe *reprise*.

40 En francés es *souteneur* 'chulo' con el mismo valor que en Belda.

41 En francés es *esprit*. Tal vez no sea una errata, porque en otro lugar escribe la misma forma: «se ve un bosque de *sprits* femeninos» (*Saldo*, 129).

42 No existe esta interjección en francés, pero sí hay otras de estructura semejante: *rideau, chapeau*.

43 En francés no existe, como expresión, *diner blanc*, pero sí hay formas semejantes: «nuit blanche». Belda escribe *diner*, no *dîner*.

44 Belda se confunde al emplear la misma frase *malgré lui* para referirse a una señora. Es uno de los pocos errores que comete en el manejo del francés.

45 Escrito *mise en scene* (*Coquito*, 138).

A veces es difícil determinar si los galicismos se han acomodado a la estructura fónica del castellano o no. Así sucede con *bidet* (*Coquito*, 95), término introducido en el español así, aunque el *DRAE* en su 19ª edición recoja la forma *bidé*, o *canotier* (*Saldo*, 222), un tipo de sombrero, que el *DRAE* no recoge, o *chaquet* (*Tarquino*, 53), forma construida sobre el francés *jaquette*, o *debut* (*Tarquino,* 163) que tampoco recoge el *DRAE*. La introducción de formas extrañas, en principio, a la estructura fónica del español, pero cada vez más cuantiosas y empleadas y, en la actualidad, integradas en nuestra lengua, hace que resulte dudoso determinar si *bidet, canotier, debut* o *chaquet* son galicismos adaptados o no al castellano.

Más interés que éstos tienen aquéllos que, sin ninguna duda, se insertan en la lengua española: *eclató* (*Tarquino,* 123), *epatar* (*Tarquino,* 8), *folías* (*Coquito*, 141), *influenciar* (*Tarquino*, 15) «dos buenas hermanas *omeleteras*» (*Coquito*, 193)[46], *restoranes* (*Diosa*, 159), *cabarets* (*Tarquino*, 203), *macrós* (*Tarquino*, 163), *polissones* (*Saldo*, 18), *toaletta* (*Tarquino*, 128). La adaptación tiene grados; es más perfecto *eclatar* y *epatar* que *polissones*, con sus dos eses o *toaletta* con las dos tes y un diptongo francés, vacilante en su paso al castellano, que no llega a resolverse en [wa]. Puede discutirse el caso de *cabarets*, que habría que tratar con otras formas del tipo *trusts, clubs,* etc.[47].

Anglicismos: Su número es mucho menor que el de los galicismos, y casi todos ellos forman parte del léxico de nuestra lengua. Como sucede con los términos procedentes del francés, algunos no se han adaptado a la estructura del español: *cocktail* (*Tarquino,* 188)[48], *foot-ball* (*Coquito*, 215), *garden-party* (*Saldo*, 34), *lunch* (*Tarquino*, 37), *milord* (*Coquito*, 95), *miss* (*Saldo,* 124), *sandwiches* (*Saldo*, 56), *season* (*Tarquino,* 186), *spleen* (*Saldo*, 51), *sportsman* (*Saldo,* 67), *trust* (*Coquito*, 85)[49] y *trusts* (*Diosa*, 81), *vermouth* (*Saldo,* 59). También hay expresiones hechas en inglés que se encajan en el texto español: «Five o'clock en Sacra-Fames» es el título de un capítulo de *La Suegra de Tarquino* (p. 180), pero tampoco llegan a ser tan cuantiosos como las francesas. Plenamente inserta en la fonética española está la palabra *flirteo*, sin que aparezca destacada siquiera tipográficamente (*Saldo,* 64 y *Tarquino*, 188).

Italianismos: En orden decreciente, este es el tercer bloque de términos extrajeros. Casi todos ellos son conocidos en castellano: *a giorno* (*Saldo*, 53), *capo lavoro* (*Coquito*, 138)[50], *cicerone* (*Diosa*, 338), *galantuomo* (*Saldo*, 128), *pranzzo* (*Tarquino*, 219)[51] y *sotto voce* (*Saldo*, 185).

Adjetivación:La adjetivación en Belda ocupa un lugar importante. Me refiero a tres aspectos muy característicos:

a) Empleo de formas participiales, no siempre recogidas en la 19ª edición del *DRAE*, todas con un significado diferente del sustantivo en que tuvieron su origen,

46 Este es un ejemplo de eufemismo más evidente que el de *Hidrófila*.

47 El galicismo penetra en España con fuerza desde el s. XVIII hasta nuestros días (dejemos fuera el período correspondiente a los siglos XII y XIII). Por consiguiente es un fenómeno lingüístico conocido. Lo importante en Belda es la ingente cantidad de términos empleados y su perfecta adecuación dentro del texto castellano. Para los problemas del galicismo vid., muy someramente, R. Lapesa: *Historia de la lengua española,* 8ª ed., refundida y muy aumentada, Madrid, Gredos, 1980, p. 454 y ss.

48 El *DRAE*, 19ª ed., recoge *coctel*.

49 Con sentido metafórico puesto que el texto es el siguiente: «...para disolver un poco aquel *trust* de las grasas, la hermosa mujer...», y ese *trust* se aplica a una señora «gorda como un tonel».

50 En italiano es *capolavoro*, sin separación gráfica.

51 En italiano existe *pranzo* 'comida'. ¿Errata de la edición?

puesto que son derivados nominales: *acarnerado* (*Tarquino*, 111) en «dijo Tito mirando acarnerado a su amor» tiene un valor que se compagina mal con lo que establece el *DRAE* 'dícese del caballo o yegua que tiene arqueada la parte delantera de la cabeza, como el carnero'. El ciprés, vinculado en nuestro país a los cementerios, permite en este sentido interpretar los «ayes lastimeros, quejumbrosos, acipresados» (*Coquito*, 95). Los ruidos «isocronos» de los amantes son para Belda *alechugados* (*Coquito*, 94), sin que la lechuga sirva para explicar el texto, a no ser en un sentido apretujado como sus hojas, puesto que tampoco vale de mucho lo que nos dice el *DRAE* bajo la forma *alechugar*. Tres jóvenes muchachas, en otra ocasión, están «amelonadas con Ulises y los dos pollos» (*Tarquino*, 194). Por último, la vulgaridad puede ser *apercalinada* (*Coquito*, 294). En todos los casos los usos son metafóricos.

b) Un segundo grupo está configurado por formas del tipo *hombre-rana*, es decir, con el segundo elemento sustantivo, en función de adjetivo del primero: *amor verdad* (*Coquito*, 9)[52], *brillantez-macho* (*Tarquino*, 107), y tres formaciones sobre el núcleo de *hombre: hombre-escombro* (*Diosa*, 332), *hombre-espectro* (*Coquito*, 58) y *hombres-cumbres* (*Tarquino*, 147), forma ésta última que ofrece la peculiaridad de tener moción de número en sus dos componentes[53] y no sólo en el primero.

c) El tercer grupo está perfectamente delimitado: se trata de compuestos en los que el primer elemento es un color y el segundo una matización, inesperada, de ese color. Se pueden diferenciar dos clases de adjetivación desde un punto de vista semántico. I) Aquéllas en las que el color se relaciona con algún ser concreto, como *amarillo-canguro* (*Saldo*, 129), *verde camello* (*Saldo*, 125), donde se supone que el color tiene algo que ver con esos animales, aunque al lector español poco le puede decir semejante fauna, o *gris gasolina* (*Saldo*, 241), *amarillo-pinacoteca con flores* (*Saldo*, 240), *rubio-felpudo* (*Saldo*, 244) y *verde-telescopio* (*Saldo*, 181), que nos resultan un poco más próximos, pero también difíciles de precisar. II) Formas en las que el segundo elemento es un nombre abstracto, con lo cual el lector, con su imaginación, supone el color que prefiera según las sensaciones que le produzca ese sustantivo abstracto vinculado a algo tan definido como el color. Belda presenta muchos casos de este tipo: *azul concilio* (*Tarquino*, 215), *rubio-martirio* (*Saldo*, 125), *verde apoplejía* (*Tarquino*, 125), *verde catástrofe* (*Tarquino*, 187) y toda una serie de escalas en el siguiente texto: «—Parece que se han puesto de acuerdo para mostrarnos en sus mantones toda la gama de los azules. —Es verdad: azul novena, azul visillo, azul alcalde, azul deshaucio y azul escrutinio.— Vamos, ¿y por cuál se decide usted? —Hombre, por el deshaucio; es el más tormentoso» (*Saldo*, 241). Esta clase de construcción tan sorprendente no es nueva en la literatura española, como ya lo han destacado Senabre[54] y González Calvo[55]. El estudio completo de la obra de Belda podría ser esclarecedor en este sentido.

Morfología: Ya hemos analizado la variedad de registros que ofrece Belda en el léxico. Por lo que se refiere a aspectos morfológicos, convendrá detenerse en la afijación y en las mociones de género y número.

52 W. Beinhauer: *ob. cit.*, recoge «un querer verdad», p. 280. S. Fernández Ramírez en su *Gramática española*, Madrid, Revista de Occidente, 1950, cita «fortunas verdad», p. 118.

53 W. Beinhauer escribe: «En el plural de todas estas formaciones, el segundo elemento queda invariable: *noticias cañón, mujeres jamón, trenes botijo*, etc.», *ob. cit.*, p. 281.

54 R. Senabre: «art. cit.», p. 260, donde recoge ejemplos de Arniches y de López Silva.

55 J. M. González Calvo: «Sobre un tipo de construcción en la adjetivación de color», *Español Actual*, 31, enero-diciembre, 1976, pp. 56-58, muestra ejemplos procedentes de diversos autores. Y en su obra sobre Ayala recoge, entre otros: «azul tímido, litúrgico; gris-caótico; gris inerte y letárgico» (p. 34), con la peculiaridad de que el segundo elemento no es un sustantivo en función de adjetivo, sino un adjetivo. También en Belda aparece este tipo: *verde frisonante* (*Tarquino*, 110).

Los sufijos que hallamos en Belda son los siguientes: en -al: *augustal* (*Tarquino*, 42), *efebal* (*Tarquino*, 9), *irisal* (*Tarquino*, 36); en -azo: *cosazas* (*Polvos*, 30); en -ete: *doncellete* (*Saldo*, 99), *mancebete* (*Tarquino*, 20)[56]; en -aisis: *satiriasis* (*Tarquino*, 99); en -ico: *himaláyica* (*Tarquino*, 217), *apolónico* (*Saldo*, 222), *paranóyico* (*Diosa*, 143), *terremótico* (*Coquito*, 137); en -ible: *comestible y bebestible* (*Coquito*, 51)[57]; en -ino: *cibelina* (*Tarquino*, 81)[58], *tenorino* (*Tarquino*, 227); el sufijo -ísimo, conformador de superlativos, se aplica a un sustantivo: *maestrísima* (*Tarquino*, 65; en -ismo: *homerismo* (*Tarquino*, 253); en -ito: *pescaderito* (*Coquito*, 74), *tocadorcito* (*Diosa*, 196); en -óreo: *tintóreo* (*Diosa*, 164); en -udo: *ventruda* (*Tarquino*, 176); en -uelo: *¡Putuela!* (*Diosa*, 201) y en -uno: *bueyunos* (*Saldo*, 96).

El número de prefijos es menor que el de sufijos, pero tal vez los hallazgos son más sorprendentes; con archi- se forma un «*archiultrajado* esposo» (*Saldo*, 81); con re-: *¡Rediana!* (*Tarquino*, 209), *¡Rejúpiter!* (*Tarquino*, 248); con sub-: *subtabular* (*Tarquino*, 68), que ofrece la peculiaridad de formarse sobre el latinismo *tabula*: de ultra-: *ultraamistoso* (*Saldo*, 80), *ultraconvencido* (*Saldo*, 195), *ultrasádico* (*Saldo, 231) y ultraflirt* (*Saldo*, 144) formado sobre un anglicismo. La creación de nuevas formas en los casos de *subtabular* y *ultraflirt* demuestra el hábil manejo de Belda con los términos extranjeros y nos advierte de que no son formas mostrencas insertas dentro de la lengua española, sino elementos vivos, capaces de funcionar como las demás palabras.

El plural muestra ya la tendencia a romper el esquema tradicional del español, es decir, en las palabras de origen extranjero terminadas en consonante, el plural se forma con la edición del alomorfo *-s* en lugar de *-es*: «se darían carnets, llamados el *carnet del feriante*» (*Diosa*, 162), *couplets* (*Tarquino*, 110) y *reporters* (*Diosa*, 302), que muestran un estado primitivo, sin haber llegado a la forma regresiva: carnet - carné - carnés; couplé - couplés[59].

Más interés tiene la moción genérica, que confirma la vena popularizante y vulgar de Belda, por la cual se marca con *-a* el femenino frente al masculino en formas que no ofrecen esa variación[60]: frente al individuo surge la *individua* (*Coquito*, 9); «los industriales e industrialas» (*Tarquino*, 253); «Salvia, la hábil, la intriganta» (*Tarquino*, 101); «esa socia» (*Saldo*, 177); «la sujeta» (Coquito, 9). Tales femeninos eran conocidos en la lengua española y no presentan mayor interés. Más curiosos resultan otros, como el ejemplo de *canes* y *canas* (*Tarquino*, 61), aplicado a un cultismo por lo que el fenómeno vulgar es más sorprendente; o la creación de formas femeninas inexistentes por su contradicción con la realidad: no puede haber *obispas* (*Coquito*, 81) porque no hay mujeres con semejante dedicación, ni siquiera mujeres casadas con obispos —al menos en la religión católica— caso de «generala, corone-

56 Para una interpretación de los sufijos *-ete/-eta* remito a F.A. Lázaro Mora: «Los derivados sustantivos con -ete/-eta», *BRAE*, LXI, 1981, pp. 481-496.

57 R. Pastor y Medina, en su «art. cit.» recoge la forma *bebestible*.

58 Se aplica a algo conocido: la «marta cibelina»; la rareza de este sufijo consiste en que por su semejanza fónica se deriva de Cibeles: «Por el suelo se desperezaba indolente un cónclave de marta cibelina (que había pertenecido a Cibeles)» (*Tarquino*, 81).

59 Vid. el artículo ya conocido de E. Lorenzo: «Un nuevo esquema de plural» en *El español de hoy lengua en ebullición*, 2.ª ed., Madrid, Gredos, 1971, pp. 56-66. Para las repercusiones de este fenómeno en la estructura silábica, D. Catalán: «En torno a la estructura silábica del español de ayer y del español de mañana», *Sprache und Geschichte. Festschrift für Harri Meier*, München, Fink, 1971, pp. 77-110, y J. Fernández Sevilla: «Los fonemas implosivos en español», *BICC*, XXXV, 3, 1980, pp. 456-505.

60 Vid. R. Senabre: «art. cit.», p. 256 y ss., y también R. Senabre: «La lengua de Eugenio Noel», *Romanistisches Jahrbuch*, XX, 1969, pp. 333-334. J.M. González Calvo recoge también esta tendencia en su «art. cit.» sobre López Silva, pp. 1-2.

la, alcaldesa». De ahí la malicia al convertir a la Coquito en una hipotética *obispa*[61].

Términos pornográficos: Se entiende que en un autor como Belda el léxico referente al amor y cuestiones conexas ocupe un importante capítulo. Y es en esta parcela donde se justifica la valoración de E. de Nora citada al principio del artículo. En general se sustituye un término, supuestamente vulgar, por otro todavía más degradado dadas las connotaciones que conlleva. Habría que hablar de «disfemismos» si se admite la oposición «eufemismo/disfemismo»[62] o sencillamente de «eufemismo» desde una perspectiva lingüística y no psicológica[63]. En Belda hay un exceso de «sal gorda» y de mal gusto. ¿Sería ésta una de las razones de su éxito? Cualquier palabra le puede servir para, por sus connotaciones, acentuar la imagen que el escritor quiere presentarnos[64] con una intención envilecedora. Así las variantes que tiene el órgano sexual femenino son: *altar mayor* (*Tarquino*, 93), *gruta* (*Coquito*, 244), *horno* (*Coquito*, 222), *viaducto genital*, (*Coquito*, 143), *pasadizo sexual* (*Coquito*, 98), *desfiladero sexual* (*Coquito*, 74), *bosque de la Argona* (*Coquito*, 55). Por si los términos fueran poco sugerentes, Belda suele aludir y destacar algún matiz —olfativo, por ejemplo— o hacer algún comentario jocoso, del que basta y sobra con recoger uno: «Aquella gruta, propiedad de la Coquito, por la que, sin hipérbole, podía asegurarse que habían pasado más de mil turistas» (*Coquito*, 244). Los senos de la mujer se transforman en *pichoncillos blancos* (*Coquito*, 8), *coquitos* (*Coquito*, 9), *meloncillos pectorales* (*Coquito*, 22), *meloncillos a medio criar* (*Coquito*, 54), *bolsas pectorales* (*Coquito*, 72), *pelotitas* (*Coquito*, 156), *cocos blancos* (*Coquito*, 173), *globulillos de los pechos* (*Coquito*, 238. Referido a los pezones) y *apodísticos [sic] mamilares* (*Tarquino*, 129)[65]. De una manera correlativa, el órgano sexual masculino se denomina *lanza* (*Tarquino*, 93), *chimenea colosal* (*Coquito*, 252), *imperativo categórico* (*Coquito*, 202), *carburador* (*Coquito*, 183), *manga de riego* (*Coquito*, 150), *ducha* (*Coquito*, 150), *cosa* (*Coquito*, 75) *obelisco sexual* (*Coquito*, 181) y *duplex* (*Tarquino*, 134) en una alusión a un hombre que dispondría de dos penes. La eyuculación se asocia normalmente con el *riego* (*Coquito*, 19), la *delicuescencia prematura* (*Tarquino*, 149) o, ante una precipitación del amante, la Coquito pide «lo que no quiero es... que el tren salga antes de su hora» (*Coquito*, 196) y *riadas petroleras* (*Coquito*, 181). La posibilidad de poder hacer el amor, desde la perspectiva del hombre, es *emulsionármela* (*Coquito*, 316), *sulfatar* (*Coquito*, 152), *filtrarse a Coquito* y *germanizado* (*Coquito*, 97), *perjudicarla* (*Coquito*, 84), y «las laboras propias de su sexo (*Tarquino*, 27) indicadas, en este caso, desde el ángulo femenino.

La conexiones eróticas (?) no se limitan a lo ya recogido. El marido de una mujer ligera empieza a «sentir cierto germinar inconsciente en los vértices de su frontispicio» (*Tarquino*, 82) en una evidente alusión que el autor remacha con un «pugnaba por salir a la superficie en forma de asta de ciervo». La vivienda que ocupa un

61 No hay ninguna relación entre la *obispa* de Belda y la célebre de Quevedo: «Yo le tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa» (F. de Quevedo: *La vida del Buscón llamado don Pablos*, 2ª edic., Salamanca, Acta Salmanticensia, 1980. Edición crítica y estudio preliminar de F. Lázaro Carreter, p. 22).

62 Vid. F. Lázaro Carreter: *Diccionario de términos filológicos*, 3ª edic., Madrid, Gredos, 1971, s.v.: *eufemismo, disfemismo.*

63 R. Senabre: «El eufemismo como fenómeno lingüístico», *BRAE*, LI, 1971, pp. 175-189, especialmente las pp. 179-180. Vid. también de E. Montero: *El eufemismo en Galicia*, Anexo 17 de *Verba*, Universidad de Santiago de Compostela, 1981.

64 Algunos de los términos empleados por Belda no están recogidos en la obra C.J. Cela: *Diccionario secreto*, I y II, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968 y 1971. Vid. un comentario pormenorizado, limitado a *La Coquito*, sobre este aspecto en el «art. cit.» de J. Goytisolo.

65 En otra ocasión Belda escribe *apodíctica* referido a una «domus» (*Tarquino*, 142).

joven, afectado de «satiriasis» además, es casualmente el «69 duplicado», número que para una señora «tenía demasiado atractivo» (*Tarquino*, 113). Unas jovencitas son conocidas por el apodo de *Las Mostacillas* gracias a su historia «un poco picante» (*Tarquino*, 124). Por último, hasta el paso del tiempo llega a alcanzar tintes pornográficos: «Pero el triunfo era de la hora verde» (*Tarquino*, 123).

Conclusiones: Tras estas breves calas en la obra de Belda conviene destacar algunos aspectos:

1) El léxico erótico-pornográfico se limita sólo a dos novelas: *La Coquito* y *La suegra de Tarquino*. En las otras tres estudiadas no aparece esta tendencia, aunque no faltan ocasiones para incluir términos parecidos. Convendría analizar el resto de la producción del autor con el fin de llegar a resultados definitivos. De establecer una clara división entre unas y otras novelas, las —llamémoslas— más pornográficas y aquéllas en las que hay carencia de tales recursos lingüísticos, habría que replantearse las críticas repetidas en torno a Belda (sin que por ello deje de ser un escritor de «sal gorda»)[66].

2) Los términos erótico-pornográficos, por más que desagraden, existen y Belda es un buen filón para un mejor conocimiento de esta materia. Sólo así podremos completar diccionarios como los ya mencionados de C.J. Cela y J. Martín, o el más reciente de Víctor León[67].

3) Salvo en esta parte tan peculiar, la lengua de Belda se inserta dentro de la corriente de comienzos de siglo en la que también se hallan López Silva, Arniches, etc. El estudio de los autores menos afortunados y célebres nos permitirá llegar a conocer mejor la historia de nuestra lengua y nuestro propio léxico actual. Belda es un autor importante desde un punto de vista lingüístico. Sería deseable estudiar sus obras —muchas, por suerte, para el lingüista—, aunque en la historia de la literatura su lugar sea poco destacable.

MIGUEL A. REBOLLO TORÍO

66 Sería interesante conocer las fechas de publicación de las distintas novelas para ver si la cronología permite establecer esa posible subdivisión, pero no nos ha sido posible determinar la aparición de toda la obra. Son E. de Nora: *ob. cit.*, p. 422, n. 31 y F.C. Sainz de Robles: *La promoción de «El cuento semanal» (1907-1925)*, Madrid, Austral, 1975, p. 246, n. 23, quienes más datos nos proporcionan, aunque son incompletos. Por su parte, A. Palau y Dulcet sólo allega noticias de una obra de Belda en su *Manual del librero hispanoamericano*, 2.ª edic., corregida y aumentada por el autor, tomo 2.°, Barcelona, 1949: «Belda (Joaquín). La suegra de Tarquino. Novela de malas costumbres romanas. Prólogo de Juan Pérez Zúñiga. *M. Libr. de Fernando Fe (Imp. de Bernardo Rodríguez)* 1909, 8.°, 293 p. (3'50 ptas.). Consignamos la primera obra de que tenemos noticias de este autor, cuyas novelas de color verde obtuvieron éxito durante el primer cuarto del presente siglo. La mayoría de sus obras fueron publicadas por *Editorial Renacimiento, Biblioteca Hispánica*, y *Biblioteca Nueva*».

67 V. León: *Diccionario de argot español*, 2.ª ed., Madrid, Alianza, 1981.